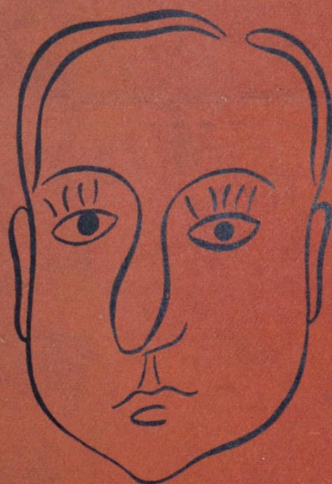


REMOVEDOR

REVISTA DEL TALLER TORRES GARCIA - ABAYUBA 2781 - UTE 23421 MONTEVIDEO

A
VICENTE
HUIDOBRO



VICENTE HUIDOBRO

DIBUJO DE HANS ARP

Nº. 21

ENERO - FEBR. - 1948

ORGANO REDACTADO Y EDITADO
EXCLUSIVAMENTE POR INTEGRAN-
TES DEL TALLER TORRES GARCIA

0.10

EL EJEMPLAR

VICENTE HUIDOBRO Y LA TRAVESURA COMO GRAVEDAD POETICA

por GUIDO CASTILLO

Este no es un estudio sobre, ni en torno de la poesía de Huidobro. Es el intento de estrechar vínculos con un muerto, de avisarle que todavía se le recuerda; es tan corto el amor y es tan largo el olvido.

Pero, para que el muerto se sienta cómodo y pueda respirar en el recuerdo, es necesario recordar también el aire de su tiempo. Huidobro murió al costado de nuestra vida: es casi un poeta de hoy. Sin embargo, hoy, menos que nunca, el hoy de ahora, en la mañana, es el mismo de ayer, a las últimas horas de la tarde. Nuestra inteligencia se ha humedecido los labios en la fuente del espíritu y la bebida, apenas saborada, la ha enardecido, y ya no anda con su antiguo paso señorial. Ahora se mueve rapidísima, en una danza extrañamente lúcida y a la vez desconcertada. Deteniendo a la danza en uno de sus pasos, podemos decir que el arte moderno es esencialmente picaresco, o sea que se ejercita en la travesura como medio de vida espiritual. En otras épocas prevaleció el hombre religioso o el preceptista o el erótico y sentimental... Hoy prevalece el pícaro, el que se toma la vida como un juego del que hay que expulsar el azar, porque en cada carta se está jugando el propio juego de la existencia, contra los dineros de la desesperación y de la muerte.

Y lo que el pícaro hace, en realidad, es obligar al azar a que retroceda un paso, pues siempre será azaroso encontrar la moneda que salga cara o cruz cuando uno quiera.

Ahora tendrá cierto sentido decir que Huidobro es el pícaro de la literatura americana.

Para mayor claridad agregaré que para ser un pícaro se necesitan tres cosas: 1ª, estar desamparado; 2ª, tener conciencia del propio desamparo; 3ª, afilar el ingenio y no echarse a llorar.

No es difícil comprender que la picardía no es la razón de ser del pícaro sino la solución al problema del desamparo de su ser.

Las dos primeras exigencias sirven también para el hombre religioso, sólo que éste, en vez de aguzar el ingenio, se para encima de él y desde allí descubre los castillos escondidos en las ventas.

Todo artista y todo filósofo es hoy un hombre vulgar, es decir: un desamparado, y su arte o su filosofía le sirve para tener conciencia de la desolada vulgaridad de su ser en el mundo. Lo prepara para seguir uno de los dos caminos legítimos: el de la picardía y el de la religiosidad.

Si a Martín Heidegger —por ejemplo— el espectáculo del mundo lo convierte en pícaro trágico, en profundo y duro lazarillo de la muerte ciega, a Max Scheler lo incita a volver los ojos hacia los ojos de Dios. Si Pablo Picasso vive el arte como truhanería del espíritu que se regocija con lo inesperado de su propio fondo, Torres García lo vive como acto místico, como invasión de otro mundo en este mundo.

Vicente Huidobro entiende la poesía como una travesura, como la artimaña de un so-

nido que piensa y que, si no se olvida de lo real, hace liviano el peso de las cosas. Pero esta travesura no es superficial sino picaresca, pues la picardía es la que le otorga gravedad a la sutileza revoltosa del ingenio. Huidobro es un poeta que repite incesante y siempre originalmente su travesura original, y en esto radica la gravedad de su

REMOVEDOR

Redactor Responsable

AÑO 4

N.º 21

GUIDO CASTILLO

poesía, si aceptamos lo que Kierkegaard señala sobre la gravedad en «El concepto de la angustia»: «El hombre grave es grave —dice— por la originalidad con que repite en la repetición y aclara «que la repetición

es la gravedad de la existencia y que en cambio no forma parte de la gravedad de la vida ser caballero del rey, aunque los caballeros, cuantas veces monten a caballo, lo hagan con toda la gravedad posibles.

Vicente Huidobro juega a la poesía, pero no con la despreocupación del hombre hecho y derecho, sino con la gravedad del niño que persigue en el juego la conciencia del poder de su alma y la imagen de su destino.

Por eso, por la gravedad de su travesura espiritual, Vicente Huidobro, a pesar de los múltiples aspectos de su literatura, y a pesar de sus poemas buenos y malos, es una persona poética, que es a lo que debe llegar todo poeta, ya que la persona artística es lo más profundo del estilo, el verdadero estilo, el único que tiene importancia en el arte.

Hace muy poco tiempo que murió Huidobro, con una muerte rodeada de silencio como debe ser la muerte de un poeta.

Real, lo que realmente existe, de ahí la gravedad de su influjo en el resto de las cosas.

GUIDO CASTILLO

de VICENTE HUIDOBRO

■ Un poema es un poema, como una navaja es una navaja y no es una manzana.

■ El poeta no imitará más a la naturaleza, pues él no se cree con derecho de plagiar a Dios.

■ Encontraréis allí lo que no habéis visto en ninguna parte: el poema. Una creación del hombre.

■ Y de todas las fuerzas humanas, la que nos interesa más, es la fuerza creadora.

■ Nunca el hombre ha estado más cerca de la naturaleza, que ahora que no trata de imitarla en sus apariencias, sino de hacer como ella, imitándola en lo profundo de sus leyes constructivas, en la realización de un todo dentro del mecanismo de la producción de formas nuevas.

RETORNO DE YEPES

Hace pocos días que llegó a Montevideo el escultor español Eduardo Díaz Yepes, quien, años atrás, ya estuvo entre nosotros.

Es Yepes un artista íntegro, que ha sabido —cosa difícil— asimilar el espíritu de las más importantes escuelas del arte moderno sin confundirse con ellas, salvándose de su actual decadencia y desconcierto.

Yepes, en sus últimas obras, ha recuperado la visión normal de las cosas sin perder nin-

guno de los valores puramente estéticos.

Su escultura es vigorosa, sintética y cabalmente objetiva. Pero, todos estos problemas los trataremos como es debido cuando Yepes realice la exposición que tiene proyectada.

Mientras tanto sólo nos queda formular el deseo de que este artista permanezca entre nosotros, para que en el Uruguay también exista la escultura.

El Hombre, el Año y la Eternidad

por J. TORRES-GARCIA

Quisiera, como el cirujano, meter el bisturí entre los tejidos, para encontrar el escondido quiste; penetrar hasta allí, sin miedo ni consideración al dolor, para extirpar esa bolsa infecta, que puede dañar el resto; buscar, sin cuidarse de la sangre que se vierta, la carne enferma para separarla de la sana. Pero, sería en vano: tanto como cortarse, se haría de nuevo y aún más. Por esto, a veces, el cirujano, vuelve a cerrar el corte que hizo, y trata de adormecer el mal del enfermo, hasta su fin. Porque sería más lo que habría que cortar y separar, que lo que tendría que dejarse. La ciencia y habilidad del cirujano aquí es impotente.

Sembrada así, por esa podredumbre, está la sociedad en que vivimos bajo la apariencia de la normalidad. Y, para quien descubre, en el más leve síntoma, ese oculto mal que trabaja en lo hondo de cada ser que encuentre en cualquier esquina, será un martirio ver como esa corrupción es ya la normalidad del mundo. O si no ¿qué sabemos? Si eso no supiésemos, ni de donde venimos? Si; esa es la realidad del mundo, el engranaje de todas sus piezas; ese es el juego que se juega y no otro. Y muchos dirán, hablando: así, así es la gente; sin pensar que él también es gente. Quién tal diga es un ingenuo. Pero después, hay el perfecto canalla: éste no admitirá eso, porque él, y otros como él —su clase— todos son gente honorable.

Bien: de esos tumores y lacras, el mundo está lleno, y merced a su labor, el mal y la mentira prosperan; la injusticia engorda y el crimen se hace cuatrocientos mil veces por día; pero, a mí, todo eso no me atañe; no es mi especialidad. A mí, lo que me interesaría, sería descubrir a la sandabija viva, que con su infecta baba mancha la pureza del arte y el buen propósito del verdadero artista. A ese, para quebrarle la boca con una piedra, y con eso privarle de decir más falsedades; a ese para hundirle hierro al rojo en las cuencas de sus ojos cruelmente, a fin de que ya no viese más ninguna pintura, y perdiese la oportunidad de lucir su falsa autoridad. ¡Cuánta ignorancia y vileza hay en esos vendidos; en cada uno de esos cuerpos corrompidos!

Y con esto ya dije quienes era, pues todos lo saben.

Así pues, *Removedor*, es poco. Es poco: porque aunque por el líquido destruyamos la mala pintura, quedarán detrás los malos pintores y los apologistas de los tales, que la imponen. Y así, con todo honor, las obras irán a los palacios y a las casas de gente adinerada (de esa que sólo compra lo que ya ha sido admitido por la sensatez) y a los salones oficiales, en lugar preferente. Si; todo eso es lo normal, pues esa es la realidad del mundo. Y así, viene a ser individuo anormal, el que no esté en eso, y viva en eso, y vea las cosas así. Pues lo que cuenta es el número y aquello que está establecido. Pero ese ser, el verdadero artista, que parece que no se hubiese enterado, hay que pensar que para los otros, tiene que ser inofensivo. pues, ¿quién tomará en serio cuanto diga y haga?

¿Quién sabe! Puede que no, estos del momento, o muy pocos, pero ¿si hubiese verdad

en lo que afirma? En todo caso sería en la proporción de uno contra diez mil. Pero, ¿no decía Ibsen que sólo las minorías tenían razón? Además, las ideas, si lo son de verdad, hacen un trabajo silencioso que nadie puede detener.

No, *Removedor* no es poco. Es mucho lo que ha removido y no hay que forzarlo a que renueva más. ¡Viva la polilla, mal que nos pese! Pero, las ideas, el constante esfuerzo y trabajo, ya dan su fruto. La opinión cambia. ¿Y qué podrán pesar en el platillo de la balanza, la obstrucción, el vacío que se nos hace, la crítica ruin, contra tantas y tantas sinceras adhesiones de todo el mundo? Por eso ya no hay que luchar. ¿Es que vamos a matar a un muerto? Y hay que pensar, que en el tiempo que hemos hecho tanto, y sin medios ¿qué han hecho otros, y con medios? Vergüenza que el país. Y aún piden más dinero, como si con él se hiciese nada. El arte no se hace con dinero; la fé y el ardor para el trabajo no se hace con dinero; un profesor que tenga un cerebro de corcho, no lo tendrá mejor si se le triplica el sueldo. En viejos moldes se quiere hacer algo nuevo, y eso ¿podrá ser otra cosa que rutina? Están muertos, déense cuenta. Pero podrán decir: usted es un hobo; nuestro objetivo no era ese que usted piensa; siga nomás así, que aún tendremos que hacerle limosna y a sus discípulos. Pero, ni aún en esto acertarían, porque en lugar de achicarnos creemos. Y no sólo materialmente y por fuera, sino más aún por dentro.

¿Qué publicaciones han hecho esos (todos) que honren al país, como las nuestras? Porque aún dejando el contenido ¿podrán, ni con mucho, rivalizar estéticamente? Disciplina filosófica, disciplina moral, disciplina estética, eso es nuestro Taller. Y aunque se diga que hacemos acrobacias cerebrales, yo diré que es natural, pues para eso tenemos cerebro. Por esto se nos critica que llevamos a estudio —dicen— cuestiones estéticas que hoy ni en los medios más avanzados se las propondrían.

Aún si no fuese verdad, aquello de que más vale fracasar que dejar de intentar, cabe decir, que todo problema de arte, lo resuelva o no, es del que se lo plantea. El tiempo pasa y trae cuestiones nuevas, y el trabajo asiduo descubre siempre otras posibilidades. ¡Ah! justamente, creo que la generación pasada pecó de demasiada prudencia, de demasiada sensatez. Y hubo dos razones para obrar así, pero no las diré. Diré sólo, que la generación presente no se interesa más por lo que se hizo. El por qué es fácil encontrarlo.

Lo importante (y lo serio) es: crear una institución artístico-burocrática, bien organizada y con todos los perfiles que haya de tener, y luego, mantenerla por todos los medios posibles, pues mientras rueda, habrá sueldos que cobrar. Este es el objetivo. Yo por esto, siendo ese y no el que se dice, todo tiene que ser falso. Pero, como está dentro de la normalidad del mundo, la cosa se agnata, y aunque pueda parecer inverosímil.

Lo importante es crear gremios, sindicatos,

agrupaciones de arte; porque esa masa, que son votos, en cualquier momento podrá imponerse. Y lo demás es vivir en el Limbo.

—¡Ah! de veras— ¿usted se toma en serio el arte? ¡Pero si no es más que un medio, como cualquier otro, para vivir! Y la llave está en saber adaptarse. ¡Déjese de idealismos y sea positivo! —Así hablarían muchos, si se quitaran la careta... pero ¡guarda!

Bueno; que en resumidas cuentas, sólo se toman en serio el arte muy pocos, y esto, además, porque tienen una base moral. Estos rompen contra toda esa organización mentirosa, pero, naturalmente, tienen que quedarse al margen de todo. Pero, a pesar de ello: (que será: dificultad, miseria y toda suerte de males), el arte se mantiene y evoluciona. Reirán de él los otros, pero, ¿qué puede importarle?

Cualquier cosa sirve para realizar un acto político-artístico, que podrá convenir en un momento dado. Entonces, cualquier infeliz pintor, cualquier pintura hecha de cartón piedra u hojalata, servirá para el caso: ¡se tiene a un héroe, se tiene una obra maestra! Y así la mediocridad sube. Pero es lo normal. Ante cosas así, me decía un músico americano, en su mal francés: «C'est horrible (¡jórribl...), mais c'est biens. Era que le mostraba todo un mundo absurdo y loco que había pintado, y que era tan cierto y tan real como la ciudad en que estábamos. Aún río al recordarlo. ¡Y qué buenas cosas puede inspirar la decepción y el dolor!

Si a esos que van organizando grupos, escuelas, sindicatos, salones, se les preguntase lo que han realizado —se entiende, en arte, en obra— tendrían que responder que nada aún, pues lo que piden no lo han obtenido todavía —dinero— pero, que en cambio están bien organizados y prontos. Y prontos hasta cierto punto; porque, por ejemplo, con respecto a la decoración mural, hay aún, según ellos, que fundar una escuela con todo lo necesario. Que se han hecho ensayos... que se han ganado algunos concursos... ¿Eso es todo? ¡Bien poca cosa!

No hay peligro: por ese lado y con tales normas, jamás se hará arte. Porque, falta para que se haga, el ingrediente principal: el artista. El que tiene que decir algo, porque siente y tiene ideas. Y entonces, en un rincón cualquiera, sin medios, pero con ardor y entusiasmo, él, y otros como él, juntos o dispersos, harán obras con vida y armonía. ¿Por qué? Porque, el hacer arte, ha sido para ellos una necesidad.

Lo he dicho mil veces, y lo diré otras tantas y más —pues es mi convicción profunda— que, donde no hay estructura, no hay arte. Me dirán, está claro, que por muchos caminos se va a Roma; y que yo sólo veo una sola manera de construir: pero hay muchas. Hay, habrá... ¡qué sé yo! Pero una sola es la auténtica: aquella que se muestra en primer plano en la obra, y que, por ser así y no andar como encubierta o disfrazada, opera con elementos puros, abstractos y no ya imitativos. Es decir, que de la realidad, habrá tomado el artista sólo lo

El Hombre, el Año y la Eternidad

que era *línea o tono*; elementos *concretos*, y por esto *homogéneos*.

En este punto radica todo el nudo de la cuestión. Porque los objetos todos (las cosas) lo mismo que sus apariencias, por tener un carácter propio y diverso, jamás se juntarán para realizar una *unidad*, que es decir una armonía, que es lo que desea realizar el artista. Entonces éste, por un medio u otro, sea por el claroscuro o el color, por un tono dominante o por ciertos ritmos o carácter que les dará, logrará en parte la unificación que busca; pero será bastarda; y aún esto cuando la logra. Pues la mayoría de los pintores no buscan eso, sino lo contrario: exaltar el carácter y la apariencia de cada cosa. Pero, cuando el artista, ante todo, busca de dar unidad a su obra, y quiere destacar, antes que nada, su estructura; que quiere decir la *relación armónica* de las partes con respecto al conjunto y así llegar a la perfecta unidad, sabe que para llegar a tal unificación, los objetos deben perder su valor individual como cosas, para convertirse en *elementos plásticos*, porque así, dentro de su *homogeneidad*, pueden fundirse los unos en los otros y entrar en el *ritmo*. De modo, que toda obra imitativa, está en el polo opuesto de tal propósito: por el contrario lo que desea dar, no es el verdadero arte, que es la armonía, sino una simulación de la realidad. No es, pues, más que un *arte de imitación*, pues parte de un tema. Pero el arte de verdad, no es eso: *se mantiene sobre su base que es el ritmo*. Y así fue el arte en las grandes épocas prerrenacistas. Por esto creo que el arte ha de volver a tal tradición, si bien con el aspecto que corresponda a nuestra época. Y ya no hay que decir, que tanto en las chicas obras de la pintura de caballete, y hasta en el dibujo, como en la gran pintura mural, *todo debe de ser construido*.

Sentado esto, que es bien cierto, ahora, el que pueda, que haga por sí mismo el balance artístico del año que pasó, que por ser demasiado fácil de hacer, no hay para qué yo lo haga.

La mayor parte de los artistas van haciendo, año tras año, sus obras, como las hicieron en otros pasados; y así también, y sin variación, se convocan concursos, se arman salones, se hacen exposiciones; porque, no es el caso de inventar ni crear, de resolver nuevas cuestiones de arte; pues el caso es, justamente, una cosa al revés: *no salirse del molde establecido*. Ahí está el secreto y el deseo de todos. Porque lo que esa gente juzga *arte nacional* (y salvo excepción) es lo que aquí cristalizó ya hace bastantes años, y que ya, una vez así definido y formado, no hay para que tocarlo ni retocarlo; sería como querer retocar el grandioso edificio del Parlamento o del Banco de la República, que han de quedar así para siempre. Y esa es la cara que debe mostrar nuestro arte en el extranjero. Eso yo pienso que es lo que piensan, pero también podría equivocarme...

Se comprenderá —dado que eso fuese así— que todo otro arte que no se amolde a ese, deba mirársele con recelo. ¿A qué se sale ese de la línea? Y el que va al extranjero a estudiar, ya sabe que al volver aquí, tendrá que ponerse en esa línea. Además, es lo que han hecho todos, salvo algún ligero atrevimiento que siempre cae bien.

En todo esto la sensatez no pierde nada, pero sí el arte. Ese estaticismo es un delito. ¿Por qué, si en otros terrenos todo aquí avanza, no ha de avanzar el arte? ¿Por qué...? ¿Será porque lo dice tal o cual (persona encumbrada) es decir, dice que todo va muy bien, y que podemos estar orgullosos, y tiene los para todos? Para mí eso no es cierto, sino todo lo contrario. Pero dado que lo fuese ¿es que no hay que avanzar aún más, buscar de solucionar problemas de magnitud que *se nos han presentado*, orientarnos mejor, dar, si posible fuese, con nuestra personalidad, ponerlos al diapason del siglo en que estamos (piénsese a qué nivel llegó el arte en Europa y lo lejos que están de alcanzarlo) y en fin... que si hay quien ve más allá, es decir, la posibilidad de descubrir nuevos horizontes y de remontarnos, ¿qué mal habría en que apoyáramos tan generoso esfuerzo? ¿Es que no lo hacemos en otros terrenos?

Un individuo con autoridad puede hacer mucho bien o mucho mal a un país. Hablo, es claro, pensando en el arte verdadero; pero quizás no deba plantearse tal cuestión, *que desde otro punto de vista, resulta ingenua*.

En todo esto hay un pleito, que no es posible resolver, por aquella imposibilidad de explicar lo que son los colores a un ciego de nacimiento. Si no fuese así, bastaría con una confrontación de obras. ¡Qué lástima que las balanzas no nos pueдан dar la medida exacta de su respectivo valor!

Hay algo escrito para el hombre, en el hombre mismo.

Si entremedio del trazado de millones de líneas que se entrecruzan y superponen, puede cada uno hallar por fin ese *sagrado documento*, ya no tendrá que hacer más que seguirlo. Y ahí, verdaderamente, *comenzará su obra*.

De uno a otro hombre, tal documento no difiere en lo esencial: todos, con más o menos complicación o simplicidad, dicen lo mismo. Por esto, los que, desechando el resto, se atienen a él, pueden perfectamente armonizar, y pueden también comprenderse perfectamente. De seguir, los hombres, tal ley escrita, vendría la mayor paz y armonía; la vida de todos, sería toda aquella posible de felicidad, que cabe a los humanos.

Toda obra, chica o grande, debería iniciarse en tal ley que llevamos grabada en la conciencia. Y no otra cosa —on (es decir, *sus proyecciones*) las grandes obras del Arte, sean de poesía o de música, de pintura o de arquitectura: las grandes construcciones filosóficas, las religiones, los mitos y leyendas, y aún las grandes realizaciones humanas, heroicas o santas. Todo eso *toma su origen allí*, y por esto, cuando el arte excede el simple oficio, (y por sabio que sea), *ya es más que arte*; y más realiza, lo que es su misma esencia; porque esa, también toma su origen y fundamento en aquella *sagrada ley*. Ya es más que arte, y es entonces lo que *tendría que ser siempre el arte*. Es decir, un arte verdaderamente religioso o sagrado. Y entonces tendríamos: *arte religioso o místico*, y *arte profano*; sin que ninguno de ellos se saliese de la base única del arte: *lo constructivo concreto*. Pero entonces uno de ellos, de la frontera de lo real para aquí, y otro de esa frontera para allá; que sería el arte en lo temporal y el arte en lo eterno.

La Dra. Montessori, que como todos saben fue una genial innovadora en pedagogía, la tuvimos en Barcelona después de la primera Guerra Mundial. Era mujer de extraordinaria intuición y de no menos, extraordinario

talento. Esta última cualidad resaltaba brillantemente sobre dones y visiones más profundas (tal como debía ser en Teresa de Jesús, en la que la discreción y desenvoltura, y aún su sentido práctico casi realista, quedaban frenados por la equilibrada perfección suya); digo, que la Dra. Montessori, que ahora parece que reside en la India, fué interrogada acerca de cual era su religión; de si era católica, budista, o teosófica; y ella respondió que *era montessoriana*.

El sentido profundo de tal respuesta, se comprende luego: ¿qué es más una religión que —por ejemplo— el concepto claro de lo que ha de ser la educación y enseñanza del niño, los métodos empleados, y la fe y ardor en llevarlos a término, *dando en ello toda su vida*? No más que eso, fué la predicación y ejemplo de tantos instructores de la humanidad, ya fuese dentro de conceptos míticos o puramente racionales; ni más la fe y sinceridad que pusieron. Y tras ellos, y como cristalización de lo que dijeron e hicieron, quedaron tratados, religiones, sectas... Y entonces, de igual modo los poetas, los artistas, los músicos y los arquitectos, dejando tras de sí poemas, obras admirables de escultura y pintura y grandiosas composiciones musicales y no menos grandiosos templos. Proyección, todo, de su espíritu, que tomó pie en lo que encontraron escrito en lo profundo de su conciencia: lo que estaba escrito para el hombre, en el hombre mismo.

Claro, que el hombre, al venir al mundo, ignora que posea tal oculto tesoro; que con afán, ha de descubrirlo día tras día, cerrándose a todo lo demás; claro, que le será difícil comprender, *que sólo para eso vino a la vida*, y que es misión que ha de cumplir sea grande o chica; y además, que tal diamante, tendrá que pulirlo a fin de que saque brillo, y que por esto, para tal menester, ha de ilustrarse y aprender un oficio adecuado. Y otro objeto que ese no veo en la vida; y dichoso el hombre que lo descubre. Y otro asidero no tiene para sostenerse, y aunque crea el ignorante que lo es la fuerza y el poder y la posesión de bienes materiales; los cuales, en menos de un soplo pueden desaparecer, y que aunque así no fuera, suelen sólo dejar un rastro de miseria y dolor, para los otros, como legado; pues sólo lo que está en la ley es armonía y canto y gozo para todos.

Hay que dar, pues, a toda costa, con esa ley grabada en lo hondo del ser que somos.

Lo que se llama civilización, y sea en grande o pequeña escala, no es más que la proyección del hombre. La cual, o bien puede encaminarse a lo espiritual, tal como en Egipto o en Grecia, o bien hacia lo material como en Londres o Nueva York. Por esto, es asombroso pensar en la obra humana, que va desde lo misterioso y oculto del misticismo o los problemas científicos y materiales del átomo; desde los problemas estéticos, hasta la creación de ingenios mecánicos; o desde los delicados y complejos problemas de la psiquis, hasta las descomunales obras de la ingeniería. Todo eso es proyección del hombre. Pero, entre todo eso, que constituye lo que llamamos civilización, conviene, no sólo establecer jerarquías, sino, y por eso mismo, separar lo que sea de orden superior de lo que es de orden inferior.

La *facultad creativa* es de orden inferior: es lo que lo distingue esencialmente de los brutos. De manera, que cuanto más se cleve en tal sentido, más hombre será. Y así, y por esto, en llegando a cierto grado de elevación, en el cual ya parece que deja todo lo terreno, diríase que el hombre ha

venido a la animalidad para ser realmente lo que debe ser. Realiza, quizás, el arquetipo; lo que en el plan cósmico sería la *figura del hombre*; y que, las especies inferiores, aunque cronológicamente se anticiparon, no hicieron más que prefigurarle de mil modos diversos. Y así, podemos ver, que los hombres que han superado la animalidad, se esfuerzan por llegar al arquetipo ese, que no puede ser más que la idea. Por esto, su espiritualidad es mayor; y de ahí también, que las proyecciones de su espíritu, deban colocarse por encima de las realizaciones y deseos del hombre que sólo mira a lo físico. Yerra, pues, el hombre que retrograda y vive en y para lo material, pues *no es esa la vía del hombre*.

Antes que de religión, y para hacer más concreto el lenguaje, debería hablarse de *figuras de religión*; de verdaderas construcciones espirituales hechas así de espíritu, sin querer que sean más que eso o, entonces, *materalizándolas*; haciéndolas reales como las cosas entre que andamos en el mundo. Es decir, y dicho en una palabra: dentro de un verdadero *simbolismo*. Y entonces, el concepto de toda *figura religiosa*, sería mucho más grande y profundo, ya no achiçado por el concepto vulgar de realidad; sería casi infinito, podríamos decir, sin bordes ni límites y en un ámbito que no sería sitio alguno. Pero, no es ese el concepto humano que de la religión se ha tenido y se tiene. Es más: otro concepto religioso que no sea *realista*, no es considerado como tal. Sería la piedra de toque de todo creyente. Ora a un dios real (en cierto sentido) todo lo espera de ese dios, y aún las cosas más particulares. Y fuera de ese dios o dioses suyos, los otros son falsos. Y hasta dentro del concepto de un Dios Único, universal, hay infinidad de conceptos diversos o maneras de adorarlo o concebirlo.

Por todo esto, pues, podemos contemplar el *sentimiento religioso*, desde dos puntos de mira diferentes: uno *simbólico* y otro *real*, pero, ambos, *tomando su origen en lo profundo de la conciencia humana*. Y el hombre, entonces, verdaderamente no sabe, si lo que intuye *procede de sí mismo*, de lo que él podrá llamar *su ser propio*, o entonces *proyección suya lo que manifieste*, o si, a la inversa, tiene, en tal caso, una *revelación*, ya que es el Ser mismo, en singular, quien le inspira. Sería, en tal caso, el hombre, un verdadero *medium*. Pero, uno y otro caso para en lo mismo: puesto que es igual que, *por ser la única voz o intérprete de la vida, el hombre*, tanto dá que en él esa vida se haga *consciente* y nos lo manifieste, como que sea el *único ser capaz de captar las vibraciones de un mundo superior*.

Todo esto, reconozco que es demasiado complicado y conjetural, y es porque viene más del *pensar* que no del *sentir* e *intuir*. Mala vía para entrar en lo profundo de tales problemas.

Sólo la palabra que *viene hecha* es la cierta, y por esto sin controversia. Pero el mal está, que no viene cuando se la llama: viene cuando le place; y nadie podría saber de donde viene, porque no ha sido fruto de ningún trabajo. Y si no es con tales palabras, más vale no escribir. Por esto, sólo pueden escribir a plazo fijo los profesionales literarios: basta abrir la canilla y ya sale el chorro. Pero volvamos a lo que decíamos.

Tal escritura que habría en cada uno de nosotros, será siempre, y en realidad, *la voz del hombre*. Es decir, la voz del hombre que habría superado la animalidad. Y entonces, esto, se podría decir de otra manera: la voz del hombre, pero no la del individuo

que la emite. Por lo tanto, voy universal, puesto que desligada de todo interés personal y por encima de todo lugar y tiempo. Por esto, al decir que todo es *proyección del hombre*, a ese hombre universal se refiere.

Voces de esas, fueron las de los antiguos profetas y sabios, y siempre la de los verdaderos poetas. Y de tales voces se formaron mitos y religiones, creaciones formidables en lo universal; mas ciertas que la verdad real. Pero ciertas, por esto, *simbólicamente*. Por esto, hay que así interpretarlas y no de manera realista. Pues así, las aniquilaríamos: las reduciríamos a polvo. Más, aún: haríamos de su sublimidad, o una vana fantasía sin contenido alguno, o una monstruosidad.

No puedo menos que insistir aquí, que no sólo el arte imitativo realista es el que se ha de combatir, sino, *tal realismo, aún en esas otras esferas*. Pues en uno u otro caso, la posición del hombre es la misma; o está en lo universal, o en lo particular, que es la verdad real. Y por esto, ya pueden ver, lo importante que es sacar al artista de la mala tendencia subjetivista o imitativa.

La más alta escuela, será siempre la que se base sobre los principios universales. Pero no dentro de un intelectualismo racionalista, sino intuitivo y viviéndolo. He dicho principios universales, sólo para entendernos. En todo caso, tales principios, podrán servir sólo para ordenar nuestra mente y así librarnos de caer en confusiones.

La palabra viva, así como la obra viva, nada tiene que ver con la verdad real, y, por otro lado, tampoco viene de donde viene esta última. Viene de lo desconocido y no es fruto del trabajo; no podemos, induciendo, llegar a su origen. Y con esto ya estamos en *el misterio*. Cada obra de arte guarda su secreto como la Esfinge. ¡Y pensar que hay gente que piensa que el arte puede aprenderse en una academia! Porque esos no saben, que lo mejor que puede enseñar un maestro, es comunicado al discípulo por modo que nadie podría explicar. Y también esto está en el misterio; siendo, al mismo tiempo, algo de muy franco, natural y sencillo, pero *impenetrable*. Y así, si fuésemos observando, veríamos que lo mismo ocurre con todo: *hechos que constatamos pero que son inexplicables*. Damos, entonces, aquí, con eso universal que decíamos, pero en un plano viviente y no intelectual; magnético, casi podría decirse. Y que sería la *realidad verdadera*, tras el velo de la *realidad material*.

La manera, pues, *simbólica*, de operar el artista y el poeta y el místico, se comprende: no están en la *realidad material*, sino en la *realidad verdadera*. No destruyamos, pues, su buen propósito, invirtiendo los términos, y haciendo grosera realidad, del espíritu. Pero en cambio podemos hacer esto otro: hacer de la realidad espíritu. Es decir, *yendo a la esencia de las cosas*.

El concepto *naturalista* y *material*, que es casi el común sentir de todos (y ahí su agrado por la pintura imitativa) es, en verdad, una barrera que se interpone entre la *verdad real* y la *verdad profunda*.

Ya Platón, al hablar de la belleza, dice que no es aquella que contemplamos, por ejemplo, en los bellos adolescentes; y que cuando realmente la conocamos, veremos que no será aquella, ni aún su reflejo. Y da a entender, que *sólo en lo abstracto está la belleza* y no en las cosas. Y es así. Y por esto yo digo: ¡por qué, entonces divagamos en otros aspectos del arte, *naturalistas* y *figurativos*, y no nos concentramos y centramos en el arte abstracto *sin figuración*? ¿Por qué? Aquí yo lloraría de pena o de rabia. Pero ahí se quede, que yo me entiendo y Dios

me entiende. Y aquí podría terminar. Pero ya se ve que esto aquí no termina; pues, entonces, ¿qué consecuencias sacaríamos de todo ello? Y, ¿no sería una traición a la verdad, y a ustedes que me escuchan, el dejarles en suspenso? ¿No sería cobardía, el no afrontar la situación que se plantea, para resolverla según el más recto sentido? Bien: ¡sea!, voy a decir lo que pienso y sin reserva alguna.

El camino hubiera sido llano, de no mediar dos circunstancias: por ejemplo, si se *hubiese tratado solamente de mí*; pero se trata de *ustedes*. Sé la responsabilidad que tengo; sé las consecuencias que pueda provocar. Pero, ¿es que la verdad no ha de pasar delante de todo? Es así.

Lo segundo sería esto otro: tengo que decir, por ejemplo, que debido a este medio artístico e intelectual en que estamos, pudo decir que, hasta el presente, no me ha salido cosa derecha. Dos fuerzas han debido luchar siempre: lo que debía hacer y decir, libremente, y la fuerza del ambiente, no preparado y hostil, que quería que yo fuese e hiciese otra cosa; y de ahí que ella saliese como dije, torcida. Y aquí, y ahora ¿debía, en esa circunstancia que se plantea, deformar la cosa, secuestrarla... y seguir; o cortar con toda consideración y decir la verdad de todo, simplemente? Olviden por esto, cualquier falseamiento que haya habido, cualquier postergamiento o ambigüedad, cualquier acomodo, cualquier tibieza o indecisión. Olviden algo que fuese como actitud demasiado benevolente o provisionalmente aceptada; pues ya dije, que nada o muy poco me salió derecho hasta el presente.

Y ahora pensarán ustedes ¿qué irá a decir este hombre que así toma tantas precauciones? Pues casi nada, y presto podrán verlo. Además, que entredientes lo dije más de una vez, y que debió oírlo quien tuvo oídos. Pero suelr pasar con las ideas, que a veces se quedan en la antecámara y no pasan de allí, y que hay que darles un empujón para que acaben de entrar, y al fin hagan cuerpo con nosotros; o sea, que a veces se dice lo que *no debe hacerse* para que se dé con lo que *debe hacerse*; y ésta es una manera personal, quizás poco franca o demasiado suave, de decir las cosas, y que se encamina a que *cada cual resuelva por sí mismo el problema y el sentido que quiera*, pero que pueda acarrear confusión. Se oíría, pues, tal cosa así dicha, pero no se consideró en aquel momento oportuna, o se dejó para pensarla mejor ¿qué sé yo? Pero ahora me esforzaré por no caer en esta viciosa tendencia mía y quitar todo nebulosidad.

Tomemos el número 14 de «Removedora, y en la cara interna de las tapas o última página del texto, puede leerse esto, en gruesos caracteres: «En un futuro cercano, el ARTE ABSTRACTO habrá suplantado completamente el arte imitativo; EL ESQUEMA GEOMETRICO Y LOS COLORES PRIMARIOS, a la perspectiva y a los colores compuestos. Tal arte correspondería al Hombre Nuevo del Nuevo Mundos. Es el Arte Constructivo.

Aquí como puede verse, estamos de acuerdo con Platón: la belleza, que es algo absoluto, no está sino como reflejo en las cosas, y entonces ¿para qué dar ese rodeo pudiendo ir directamente hacia ella? Eso siempre es lo que vi, y tuve que andar torcido durante más de diez años, por lo que antes dije, y por ende, enseñar lo que *no debía*; y hasta ahora mismo: la Pintura en la mejor Tradición.

¡Divina Proporción!, ahí está el secreto

(Sigue atrás.)

de todo; y eso de *divina* no es una metáfora. En eso debemos estar, y dejar el resto. Fuerte cosa es, ¿no es cierto? Pero, *estamos en el mundo*; y, de considerar esto, nacen las cosas torcidas, ¿Es que se puede vivir del aire?

Ahí tenemos nuestro compás, que es también nuestro signo; y el pez, ese esquema simbólico; y esto quiere decir que estamos en esa fe. Saben ustedes, que yo digo, que *todo arte que no sea construido*, no es nada. Por esto yo, ante todo, les he enseñado eso. Y aún ahora, *queremos introducir esa construcción en el naturalismo*. Salvamos así a la Pintura. Y esa ya puedo enseñarla.

Todo ha de ser una *estructura*, sea lo que sea; y los elementos han de ser *abstractos* para ser medidos y ordenados geoméricamente; y todo ha de ser *plano*. De ahí el dibujo que hacemos ahora; olvido del objeto real, que será creado por los elementos plásticos (rayas y planos) enlaces, no de formas representativas del objeto, sino de formas representativas del objeto, sino de sus accidentes secundarios; y así enlaces de todos los accidentes que se representen en el campo visual, sin discriminación de los objetos. Puede decirse que aquí ya todo es *abstracto*: una estructura dentro de un aspecto naturalista; y es el máximo esfuerzo para conciliar lo que *todos quieren*, con lo que *queremos nosotros* (la abstracción).

En la estructuración, podríamos decir naturalista, no es posible percibir claramente el ritmo o música de la composición, que viene de la *proporción*. Y por eso debe hacerse una *pintura construida*. Es la que hacemos ahora, y para el arte universal constructivo, sólo admitir los esquemas geométricos, *símbolos de ideas universales*.

Y bien ¿qué nos retiene y no nos deja llegar hasta esa meta? Ya lo he dicho antes, y de ahí que las cosas no salgan derecha-mente. Y no es el caso de querer cambiar, pues no es posible: si así estamos, es por que la realidad de las cosas no consiente otra que esa. Pero, que *entre en nuestra consciencia*, entonces que *no hacemos lo que debiéramos hacer*, y que, en cambio, *hacemos lo que no debiéramos*.

Ahora, en este recorrido de cien días o más, vamos a estudiar nuevamente todas las etapas de nuestra pintura hasta el presente: es decir, desde el aspecto naturalista hasta la abstracción total. Será el mejor experimento, porque, en terminando, podremos ver, con toda claridad muchas de las cosas que integran tal problema, y también, por la confrontación de las obras, las que deben prevalecer. Podrá experimentar cada uno, su grado de preparación, o su natural tendencia, y luego, en el público, las reacciones que se produzcan. Por esto, hay que llevar heroicamente y con toda fe y entusiasmo, todo el plan completo hasta su terminación.

Decía al principio: Todo eso toma su origen allí —en eso escrito para el hombre, en el hombre— y por esto, cuando el arte excede el simple oficio (y por sabio que sea) *ya es más que arte*; y más realiza lo que es su misma esencia; porque esa; también toma su origen y fundamento en aquella sagrada ley. Ya es más que arte, y es entonces, *lo que tendría que ser siempre el arte*. Es decir un arte verdaderamente religioso.

He ahí, pues, expuesto de manera bien objetiva, *lo que tendría que hacerse*, y *lo que hacemos*: es decir, lo que *hace* y lo que *aspira hacer* cada uno. Y en esto nadie debe meterse; es problema personal. Mida cada cual sus fuerzas, estudie sus tendencias, cóznase a sí mismo.

Para terminar, resta ahora tratar de dos puntos, uno de los cuales es de capital importancia, como se verá luego.

Es, el primero, que hay que aclarar, que lo que nosotros entendemos por *arte abstracto no figurativo*, nada tiene que ver con ese arte, que bajo la misma denominación hizo su aparición en Europa, pongamos a partir de 1918 (aunque algo se había ensayado antes) y que se originó en Rusia y Holanda, por los suprematistas y neoplasticistas, y que después de difundirse en Alemania y Francia luego hizo camino por todo el mundo. Tal arte, más teórico y filosófico, que artístico propiamente dicho (pues era rabiosamente intelectualista), aunque secretamente tuviese por punto de partida el cubismo, repudió toda la visión intuitiva de éste y aun lo formal, para quedar escuetamente un problema solo aparentemente científico o matemático: es decir, algo deducido racionalmente.

Jamás hubiera podido ser tal arte el nuestro, y de ahí, frecuentes y enconadas peleas que tuvimos con ellos, ya que, tal vacuidad, querían erigirla en algo supremo, a que sólo podían llegar —decían— mentes tan evolucionadas como las de ellos.

No; no podía ser tal arte el nuestro; podíamos, en cambio, entroncar poco o mucho con el Cubismo, porque éste, verdaderamente, era un movimiento de arte y sostenido por artistas; pero tampoco podía serlo del todo, por otra razón: por su particularismo a veces muy anecdótico; por lo estrecho y limitado de su teoría, más traída por el azar que no por la *visión universal en todo el problema*, pues a esto debía llegarse. En tal punto, di mi voz, pero nadie podía interpretarla, falta de resonancia interior, ya que, para que así fuese, tenían que olvidar sus pequeños problemas que se traían y el prurito de modernidad de que estaban presas, para ir más allá del tiempo y las cosas y entrar en el cauce grande del arte universal de todos los tiempos. El cual, fue el objetivo que siempre perseguí. Y con esto me parece que queda explicado, cual es el género de *abstracción y no figuración nuestro*, que nada tiene que ver con aquello.

El otro punto a tratar es el siguiente, y que yo pretendo que ha de darles la clave para encontrar la ruta que ha de llevarles, no ya a la comprensión total de tan grande y trascendental problema (el cual ya se ha explicado sobradamente y ustedes ya lo han comprendido) sino, podríamos decir (y aún que así esté mal dicho) la manera *práctica* de llegar a él, de estar en él, de existir y obrar en él, y no unilateralmente, sino dentro del conjunto de la vida, que es como se debe existir y estar en él. Y así, naturalmente, sin complicaciones ni mayores cavilaciones ni rodeos, el toque de la cosa está, simple y llanamente, en *aferrarse al oficio*. Consagrarse a él por entero, harrriendo el

resto; practicarlo cotidianamente tan a la perfección como sea posible; concentrar todas nuestras energías y pensamientos en él: en una palabra: *poner toda nuestra esperanza y fe en él*.

La *religiosidad del vivir*, puede venir de la práctica humilde del oficio, de una entrega absoluta a él, en un ambiente de recogimiento y austeridad. Poco a poco, y por su influencia, todo pasa del plano de lo temporal a lo universal y, entonces, todo tiene significado y trascendencia. Ya nada es material: todo tiene sentido moral. Y las relaciones de las cosas son en un infinito; y todo se corresponde.

Llegar, pues, a la consciencia de lo que se está haciendo; es decir, pensar, que, lo que estamos haciendo, no es una obra, es un *acto*. Este solo pensamiento, podrá hacernos comprender la gravedad de la cosa, y hará que pongamos empeño en llegar a lo *perfecto*, lo cual estará tanto y más ajustado al espíritu, cuanto habremos puesto más esfuerzo en la práctica seria del oficio. El cual, en toda circunstancia, es el que siempre tendrá que salvarnos.

Dije al principio: cuando el arte excede el simple oficio (y por sabio que sea) ya es más que arte y más realiza lo que es su misma esencia (lo constructivo concreto) porque esa, también toma su origen y fundamento en aquella sagrada ley. Y se añade, que siempre el arte tendría que ser así; es decir: *religioso*. Pero ahora digo esto otro: que es por la práctica humilde y sincera del oficio desentendiéndose de todo, que puede llegarse a esa universal religiosidad, por cuanto entonces se toma al oficio como *acto*, como afirmación de nuestra fe puesta en él. Ya algo de muy profundo. Y es lo que acontece que sabemos que va prendido o ligado a con lo religioso propiamente dicho, que, si bien toda figura de religión debe ser tomada como *símbolo*, sólo por el *acto religioso* ya *material* e invocando a una imagen correspondiente, cumplimos con aquello escrito para el hombre, en el hombre mismo. Por eso dije también, que para todo creyente era la piedra de toque. Y entonces se comprende que se haya dicho que el Arte era una religión. Y bien se ve que lo es.

Hay, pues, dos artes (y con esto volvemos a la clasificación de siempre) el arte en lo temporal, la Pintura, y el arte en lo universal, el Arte Constructivo. El primero en un *aspecto normal*, pero construido y concreto: es decir, en el *ritmo* —y el segundo, arquitectónico y plano (excluida la tercera dimensión) esquemático y geométrico, no admitiendo más que símbolos universales o yendo a la abstracción total. Y así, cada uno, puede realizar el doble aspecto del hombre, o sea en lo temporal y en lo eterno.

J. TORRES GARCIA

Lo Aparente y lo Concreto en el Arte

POR J. TORRES GARCIA

Con el texto de sus lecciones del año 1947 en la Facultad de Humanidades, y 38 páginas de reproducciones fuera del tecto.

EN TODAS LAS LIBRERIAS

